

IMÁGENES Y MODELOS

La victoria electoral del PSOE el pasado mes de marzo llevó al Gobierno a un grupo de socialistas que nunca pensaron en ganar tan pronto, y que apenas aspiraban a mantener su posición en el partido después de su previsible derrota. Los atentados de Madrid originaron un vuelco electoral que resultó traumático para el Partido Popular en el corto plazo y de manera transitoria, pero que –a la vista del desconcierto socialista en los primeros meses de la Legislatura y de la extraordinaria solidez electoral del PP–, puede serlo mucho más para el PSOE a medio y largo plazo, y con efectos más graves.

SIN GOBIERNO

No ha habido Gobierno, desde el 14 de marzo. Es evidente, para cualquiera que no busque desesperadamente engañarse. Lógico, también. El PSOE llegaba al poder por la acción de un golpe de fuerza, con el cual, muy probablemente, ni él mismo contaba. Sea quien haya sido el que –o, más verosímilmente, los que– planificaron esa versión casi perfecta de lo que Gabriel Naudé llamara, en el siglo XVII, *golpe de Estado* («rayo que fulmina antes de que el trueno se oiga»), sus sísmicas consecuencias electorales no habían sido prefiguradas por aspecto programático alguno del partido encabezado por Rodríguez Zapatero.

Rodríguez se había enfrentado al inicio de la campaña electoral desde una posición de debilidad dentro de su partido, que determinó todo: campaña como programa. A fin de cuentas, lo que para él esta-

Gabriel Albiac es Catedrático de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid. Escritor y periodista, su último libro publicado es la novela *Palacios de invierno*. Desde septiembre de 2004 es columnista del diario *La Razón*.

Cuadernos de pensamiento político

ba en juego en las urnas del 14 de marzo no era el acceso a la presidencia del Gobierno, sino la preservación de su propia jefatura en el Partido. Dada por supuesta la derrota electoral por parte de todos los sectores enfrentados en el PSOE, todo parecía ir a jugarse en las dimensiones finales que pudiera tomar esa derrota. Una nueva mayoría absoluta del PP significaría la aniquilación política del Secretario General socialista, a manos de los viejos dinosaurios de González y de los caudillos locales bien consolidados. De quedarse el PP en una mayoría simple no demasiado amplia, Rodríguez podría emprender la reorganización interna del Partido que le costó la vida política a su predecesor en el cargo. Una semana antes del atentado islamista del 11 de marzo, todos en el PSOE se preparaban para una durísima noche de cuchillos largos, que habría de seguir, de muy cerca, a la jornada electoral.

Luego, inesperadamente, el islamismo regaló la presidencia a Zapatero.

La política internacional –o mejor, su desmontaje– fue, consecuentemente prioritaria, tras el vuelco. Era lo que correspondía, en rigor, dado el factor que determinó el imprevisto giro de las elecciones. Puesto que de la derrota, ciudadanamente aceptada, en un conflicto bélico internacional provino la inesperada fortuna del señor Rodríguez. A ese desmontaje siguió, en cadena, el del resto de las políticas de Estado.

Lo sucedido en la elecciones catalanas no había hecho sino acen-tuar la dureza de la crisis socialista. La aberrante alianza de Maragall con un Carod-Rovira cuya primera providencia fuera entrevistarse clandestinamente con la dirección de ETA, tuvo dos consecuencias alarmantes. La primera fue generar un inmediato terror en el PSOE no catalán: terror a que la antipatía general ante el descaro de Carod y la impotencia de Maragall acabara por ser saldada, bajo forma de castigo electoral en las urnas de las elecciones generales. La segunda fue la certeza de que, en el mejor de los casos y si el desastre electoral no se consumaba, Rodríguez Zapatero iba a quedar convertido en el rehén de un Maragall que, a su vez, lo era de Carod, quien, a su vez, aparentaba serlo de ETA. Un desastre sin paliativos.

La preventiva respuesta a ese riesgo fueron los inicios de blindaje por parte de las organizaciones locales del PSOE. Muy especialmente, aquellas donde la lamentable tendencia al clientelismo sempiterno

de las Comunidades Autónomas permitía afrontar una supervivencia separada, aun cuando fuera a costa de la destrucción de la estructura nacional. Socialistas extremeños como castellano-manchegos, andaluces, como –al cincuenta por cien de la organización– vascos, se apresuraron a poner en marcha, para inmediatamente después de la prevista derrota, modificaciones internas que, en la práctica, más que hacia un partido federal, condujeran a una red difusa de partidos confederados.

Luego, el 11 de marzo dio al traste con todas las previsiones. El acontecimiento más oscuro de la España contemporánea –ni uno solo de los datos que nos han sido dados a conocer encaja con los demás, ni uno solo posee la menor convicción de verosimilitud– reconfiguró todo el horizonte de la política española. Hubo ganadores, claro. Antes aún –y mucho más– que el PSOE, Francia y Marruecos; y, bajo su cobijo, el yihadismo en sus poliformes variantes. Perdió el PP, por supuesto. Pero, mucho antes –y muchísimo más–, perdió España. Lo que queda de eso a lo cual es hoy casi retórico seguir llamando España.

Si no ha habido Gobierno, pues, ha sido sencillamente porque ni podía ni debía haberlo. Por ausencia de programación previa, por supuesto. Pero, antes que nada, porque las condiciones de la victoria electoral socialista del 13 de marzo pasaban por la destrucción del Estado. La generación de un vacío, sobre el borde de cuyo precipicio plantear un nuevo modelo constitucional, en el día de hoy aún ignoto.

PLEITESÍAS ISLÁMICAS

En el ámbito de las relaciones internacionales, primero. Fue la misión encomendada a Moratinos. No se nombra a alguien como Moratinos para el cargo de ministro de Exteriores, si no se aguarda de él una faena muy precisa. Y muy poco confesable. Aquella para la cual sus peligrosas amistades resultaban ser extraordinariamente adecuadas.

Lo que vino, de inmediato, no hizo sino confirmar lo previsto. No se le había puesto ahí, desde luego, para hacer alta diplomacia. Sí, para negociar una rendición. Con la única gente con la cual el gris diplomático posee –o asegura poseer– una relación privilegiada: los terroristas de Arafat y, a través de su mediación, la dispersa galaxia multicéntrica del yihadismo.

Cuadernos de pensamiento político

Todo se ha ido ajustando a esa plantilla de rendición pactada, desde la semana misma de la formación del gobierno de Rodríguez.

- a) Las fuerzas militares españolas fueron retiradas de Irak, exactamente en los términos en que los asesinos del 11 de marzo lo habían exigido: inmediata e incondicionalmente; sin aguardar siquiera el plazo fijado por Rodríguez y los suyos durante la campaña electoral.
- b) El precipitado viaje de Rodríguez al Marruecos del tirano Hasán, por cuyos intereses en España vela fielmente el Padrino González, tuvo todos los atributos simbólicos de una pública ofrenda de lealtad a aquel a quien, como descendiente que es del Profeta, consideran nuestros socialistas eslabón clave para refrenar los impulsos sacrificiales de sus súbditos en España.
- c) La cesión del Sahara a Marruecos, sin ni siquiera la mediación de un debate parlamentario, confirma tal sumisión y tiene todas las apariencias de un contrato de compra-venta, cuyos términos exactos son tan previsibles que ni siquiera parece necesario hacerlos públicos.
- d) La aceptación de que los cavernícolas ulemas enseñen islamismo –esto es, entre otras cosas, privación de la plenitud ciudadana a las mujeres– en nuestros centros de enseñanza, con cargo a los presupuestos del Estado, da señal de hasta qué extremo de humillación pública y violación constitucional (la básica igualdad ciudadana) están dispuestos a despeñarse los socialistas españoles con tal de conseguir piedad de sus interlocutores musulmanes.
- e) La guinda, por el momento, la ha puesto Arafat. Ese íntimo de Moratinos. Ese asesino en activo, probablemente el más cargado de cadáveres de cuantos siguen en el oficio. Arafat propone que España sea su valedor ante los odiosos demócratas israelíes. Y encarga al Presidente Rodríguez que se haga un viajecito oficial hasta la Mukata para rendirle a él –que es, al fin, el que más manda en la cosa terrorista mundial, o eso desea él seguir creyendo– la pleitesía que como señor de metralleta y bomba le es debida. Me da que es bastante probable que el tal Rodríguez se preste, al fin, hasta ese extremo.

El conjunto de esas medidas define algo extraordinariamente preocupante: la destrucción de cualquier peso político español en política internacional. La baza quizá más arriesgada de Aznar, pero también la más renovadora en mi opinión, fue romper la inercia española en lo que a presencia internacional concierne. La apuesta inequívoca por la alianza con Estados Unidos y Gran Bretaña, frente a la declaración de guerra islamista del 11 de septiembre y las sucesivas actuaciones de la constelación articulada en torno a Al Qaeda, marca un acontecimiento casi sin precedentes en la España moderna: la opción por una toma de iniciativas en lo que tiene ya todas las características de una guerra mundial, pese al reiterado empeño de algunas diplomacias europeas (la francesa y la alemana en primer lugar) en negarse a aceptar la dimensión de la realidad que a todos nos golpea.

La política internacional española ha venido lastrada, a lo largo de los años de la democracia, por una retórica calcada de la del franquismo: un tercermundismo difuso, especialmente acentuado en la tópica referencia a «la tradicional amistad entre España y el mundo árabe»; un antiamericanismo populista, amasado de fobias que nacen con el trauma del 98 y que recorren transversalmente casi todas las ideologías de la España moderna, desde la extrema derecha a la extrema izquierda; una desafortada fobia contra el único Estado democrático del Cercano Oriente, el de Israel, que cristaliza algunos de nuestros fantasmas antisemitas más viejos y siniestros. No puede, en sentido propio, hablarse de política exterior española verdaderamente moderna, a lo largo del siglo XX; con diversos matices, fue ésa una política lastrada por los tópicos decimonónicos y por el senil resentimiento de la potencia venida a menos, venida a nada. Quizá lo más llamativo de los años Aznar, especialmente en la segunda legislatura –y, muy en particular, después del 11 de septiembre–, haya sido el promover el primer intento serio de una presencia exterior, ajena a los fantasmas que paralizaron a la España moderna. A la vista de los resultados del 14 de marzo, cabe pensar que el anacronismo antiamericano, superado institucionalmente, sigue pesando, sin embargo, de un modo decisivo en el inconsciente ciudadano español; que la visión de las relaciones internacionales es infinitamente más reaccionaria por parte de los electores que por la de sus representantes políticos.

Cuadernos de pensamiento político

De la suma de ese recelo antiamericano y judeófobo, y de una fascinante –pero no nueva– identificación de la víctima con el verdugo, vino la victoria electoral del PSOE. O, para ser más precisos, la derrota electoral de un PP que –paradójicamente, si nos atuviéramos a los tópicos– resultó ser exageradamente moderno para los gustos, recelos y, sin más, miedos de la población votante. No sé si el PP mismo lo ha entendido plenamente. El PSOE, en todo caso, no se ha engañado ni un segundo.

DEL ESTADO ILUSORIO

El empeño de Rodríguez Zapatero por negar la evidencia –ratificada formalmente por todas las encuestas posteriores– del vuelco electoral generado por el atentado del 11 de marzo, no puede ser explicado de otro modo. El PSOE, sí, sabe hasta qué punto su programa no estaba pensado para gobernar, sino para consolidar la posición del Secretario General en una situación –la de los meses precedentes a las elecciones de marzo– marcada, dentro de la dirección socialista, por la guerra de facciones. Nadie juzgaba verosímil una victoria; y muchos poseían poderes locales que a ningún precio estaban dispuestos a poner en riesgo para servir a un proyecto que juzgaban acabado. La cantonalización del PSOE, ya lo hemos apuntado, era un hecho pocas semanas antes de la elecciones: Maragall sabía que mantener el gobierno catalán, en coalición con un Carod cazado en sus ilegales encuentros con ETA, era electoralmente mortífero para Rodríguez Zapatero y para el PSOE como partido nacional. Siguió adelante, sin embargo, plegándose a todas las imposiciones de ERC. Nada hay de enigmático: descontada, por aquellos días, la derrota de sus colegas de Madrid, el PSC contaba con atrincherarse en su feudo catalán. Los años de autarquía pujolista le habían enseñado hasta qué punto es viable en Cataluña desplegar un clientelismo eficiente que, con un desembolso equitativo, garantice la perennidad de quien gobierna, sea la que sea su ideología. Otros jefes locales, Bono, Ibarra, Chaves, López (en su caso, como comparsa del inevitable PNV) tomaron nota de la situación y comenzaron a amurallar sus respectivos feudos. Llegada la inesperada victoria, algunas de las mitologías nacionales puestas ya en pie resultaron estar ya demasiado consolidadas para poder dar marcha atrás.

El desconcierto del Gobierno socialista de Madrid se hizo patente. Gobernar con los votos de Maragall y Carod tenía un precio. Y ese precio era formulado inequívocamente en el plan Ibarreche; de modo elíptico en el plan Maragall. Ambos, bajo recursos retóricos muy diferenciados, tenían, sin embargo, la misma base: una reforma constitucional que consagrara el cambio de sujeto constituyente. De la nación española, a las naciones o comunidades nacionales por definir. El aparente olvido del principio constitucional básico, conforme al cual un sujeto constituyente sólo puede ser des-constituido por sí mismo para abrir paso a otros, quedaba siempre en el más absoluto silencio. Lo grave no es plantear que un sujeto de soberanía deje de serlo; lo grave es olvidar que sólo él puede decidir tal cosa, a través de los procedimientos que en su constitución como tal hubieran sido fijados. Lo grave es que el Gobierno del PSOE haya venido planteando, en estos seis meses, esa desconstitución como factible mediante consenso o acuerdo entre partidos políticos. Olvidando que, tal como está literalmente redactada la Constitución española del 78, ni siquiera la unanimidad de Parlamento y Senado, PP incluido, basta para modificar el núcleo fundante de la Constitución: la definición del sujeto de la soberanía. Que eso requiere, además de la previa mayoría de dos tercios, la disolución de las cámaras, la realización de elecciones generales constituyentes y el referéndum de aprobación del nuevo texto constitucional. Planteado en esos términos, el procedimiento sería irreprochable. Pero es precisamente de esos términos de lo que trata de huir la propuesta «consensuada» del Gobierno Rodríguez.

Imposibilitado para acometer institucionalmente lo que es la restricción mayor a la cual se halla sometido –la de los partidos locales, y en diversas medidas nacionalistas, que componen su propio partido–, la política del Gobierno socialista ha sido la de posponer cualquier actuación y replegarse sobre el imaginario. Suplir la realidad por el espectáculo de la realidad. No es un invento nuevo. Hace cuarenta años que Guy Debord profetizó eso en su magistral disección de *La sociedad del espectáculo*: un mundo de suplencias, donde la realidad pudiera ser totalmente evacuada por la capacidad de los *media* para producir fantasía más real que lo real mismo; esto es, para tallar milimétricamente la consciencia que de la realidad tengan esos sujetos modernos que creen enfrentarse a algo cuando no hacen sino repetir las lógicas de dominio que les son impuestas.

Cuadernos de pensamiento político

El mayor mérito del PSOE en la España moderna –que haya sido un mérito siniestro nada quita a su importancia– fue entender hasta qué punto eso podía ser hoy realizado de un modo hermético, perfecto, entender hasta qué punto no hay ya espacio, ni público ni privado, que escape a la tiranía simbólica de las grandes máquinas de producción de subjetividad. Y, paradójicamente, la modernidad económica y política del PP ha tenido como contrapartida una concepción y uso de los *media* perfectamente paleolítica.

Los años González habían enseñado eso. Quizá, sencillamente porque, en tanto que organización nacional verdaderamente potente, el PSOE de la transición –nada que ver con el de antes de 1939– nació como una división específica del *holding* PRISA: algo así como su empresa de seguridad política. Lo mediático fue, así, condición de su consolidación y ascenso. Y, desde el primer momento, González, Guerra o Rubalcaba tuvieron claro que, en las sociedades del último tercio del siglo XX, el lugar de la representación no era ya el Parlamento –teatro menor y bastante polvoriento– sino las pantallas de los televisores. Y que esa representación operaba en el sentido inverso al del parlamentarismo clásico. De arriba a abajo. Imponiendo que las cabezas ciudadanas representen lo que el imaginario manufacturado por el poder construye como evidencias.

La herencia más literal que el zapaterismo recibe del felipismo, no es ni siquiera esa especie de ministerio del Interior sumergido, heredado de los años GAL, que permitió al PSOE manipular la información entre los días 11 y 14 de marzo. La gran herencia es la de entender hasta qué punto, en las sociedades actuales, es posible consolidar –e incluso perpetuar– un poder, sin más procedimiento que la construcción regulada de ilusiones. La presencia de un político tan hondamente manchado por aquellos años como Rubalcaba en el centro de gravedad del nuevo poder socialista, revela hasta qué punto esa decisión fue deliberada.

La suplencia de realidad por propaganda requiere una minuciosa artesanía. Lo primero es fijar la figura de un otro esencialmente demonizado. Carl Schmitt ha analizado eso en un clásico del pensamiento político de los años treinta. Da igual que el enemigo sea bueno o malo, lo único importante es que sea otro, y que, como otro, podamos inventar en torno suyo la fantasmagoría de una amenaza

demoníaca. A partir de ahí, la identificación que podremos conseguir de los ciudadanos en torno nuestro es aquello que, en sentido estricto, constituye el eje funcional de la política.

El PSOE no se equivoca, al detectar a ese otro y dedicar a bombardearlo lo mejor de su tiempo y fuerzas durante estos primeros cien días de no-Gobierno. No es Rajoy ese objetivo, el candidato a quien Rodríguez Zapatero se había enfrentado. Para que un otro resulte rentable como demonio, es preciso que se halle ya investido de cierta aura mítica. Freud ha analizado muy bien hasta qué punto las simbologías de lo divino y de lo demoníaco son mutuamente trastocables en el inconsciente humano. Aznar era el otro a inventar. Perfecto. Ocho años de Gobierno dan ya, por sí solos, resonancia sobrehumana ante la opinión pública. A cualquier político. Si esos ocho años vienen definidos por un fuerte ascenso económico, unido al primer período exento de corrupción y de crimen de Estado de la política española contemporánea y a la rareza, sin precedentes en España, de un político que renuncia por voluntad propia a perpetuarse en el poder y anuncia su retirada con ocho años de adelanto, el peso simbólico de la figura no hace sino acentuarse. Si esa gravedad mítica puede, a continuación, ser aproximada e identificada con aquello a lo que la enferma alma española moderna percibe como el Gran Satán imperialista, todos los elementos de la operación están dados. Inventado un 11 de marzo del cual serían, a partes iguales, responsables el Gran Satán (Bush) y el Pequeño Satán (Aznar), la lógica del poder mediático exigía que los meses inmediatos fueran dedicados a una trituración del espantapájaros así construido: los golpes los recibiría nominalmente Aznar, pero las consecuencias de pulverización recaerían sobre un PP al cual, a finales de marzo, el PSOE considera tan verosímilmente liquidable como lo fuera, en su día, la UCD de Suárez.

Toda la campaña de las elecciones europeas se jugó sobre esa clave: ratificar en las urnas la destrucción total de un adversario aún peligroso. Con gran inteligencia, no se puso en marcha una batería de aplicaciones inmediatas del programa de Gobierno previsto antes de las elecciones generales: todos sabían –Solbes sobre todo, pero no sólo él– que eso hubiera sido catastrófico. Se hizo una campaña contra los «crímenes» y abominaciones del anterior Presidente. Asesino de guerra en Irak, profanador de cadáveres de militares españoles

Cuadernos de pensamiento político

cuando lo del Yak-42, contaminador de playas y paraísos naturales por medio del Prestige, saboteador de los excelsos hombres de cine nacionales, tan angelicalmente demócratas ellos; golpista, con seguridad... Todo valió en aquellas semanas. Y lo de veras asombroso es que esta vez la inflexión de voto no se produjo. Y el arrastre electoral en las europeas quedó ridículamente exiguo.

El otoño se abre, ahora, sobre un horizonte devastador. No hay política económica –pese a los esfuerzos de Solbes por sobreponerse a las demencias de sus compañeros de Gabinete–. No hay más política educativa que la de dinamitar los –demasiado tímidos– esfuerzos de Pilar del Castillo por restablecer algún principio de racionalidad académica allá donde LRU y LOGSE sembraron el peor caos docente de la historia de España. No existe otra política cultural que la de potenciar al infinito las ganancias del grupo empresarial propietario del partido socialista, en sus divisiones editorial y cinematográfica sobre todo. No hay política internacional; sólo un complacido naufragio en el peor tercermundismo y la sonrisa babeante ante el terrorismo islámico. No hay ni la menor idea de lo que pueda ser un Estado en el cual se apliquen los supuestos independentistas de Ibarreche y de Maragall-Carod... Hay, eso sí, el espléndido papel couché y el destellante color de la fotos del *Vogue*. ¿Quién dijo que en el PSOE no quedaban modelos?